

Tú, después  
de mis sueños



Noah Evans

Blanca continúa viviendo un infierno en su casa. Un mal porrazo por parte de su padrastro la hace acudir de nuevo a Ángel, esta vez en calidad de médico y amigo. Pero un nuevo acercamiento a su ex tiene sus consecuencias ya que el problema que los hizo separarse persiste. Ella aún no puede abandonar su casa y la familia de él no acepta que salga con una joven de diferente clase social.

Blanca solo pide a los que la rodean que confíen en ella. Pero el único arma que Blanca tiene en su poder para liberarse de sus desgracias es una novela que nadie quiere publicar.

¿Alguien confiará en que pueda cumplir sus sueños y salvarse a sí misma?

Cuando ya no esperas nada de la vida, esta puede darse la vuelta y sorprenderte.

# 1

Ya había pasado más de mes y medio desde que acabó con Ángel. Había perdido la cuenta de las veces que él había intentado contactar con ella. Lo intentó de varias maneras, hasta a través de sus amigos. Pero Blanca siempre se negaba. Le contó que había hablado con una compañera, la asistente social del hospital donde trabajaba, para buscar una solución a su problema.

La respuesta de Blanca siempre era la misma, «Olvídalo». «Olvídame». «Aléjate de mí». Así que Ángel concluyó la relación con un «Aquí me tienes si lo necesitas».

Y al fin se había hecho el silencio desde hacía unas dos semanas. *Pero no he tenido más remedio que escribirle.*

La esquina de un mueble en una de sus discusiones con Paco, habían sido la causa. Ángel no sabía nada, solo le había escrito un mensaje preguntándole si estaba en el trabajo o en casa. Y al responderle que «en casa», le pidió un favor enorme.

No tengo a quién más acudir.

Llevaba su maleta trolley. Había salido huyendo de casa, el Cari ya lo sabía. Estaban a miércoles y le ofreció el dormitorio de su hermano, ya casado, para que se quedara al menos hasta el domingo. También Blanca llamó a su jefe para decirle que estaba enferma y que ese fin de semana no podría trabajar, corriendo el riesgo de que la despidieran, puesto que había más chicas que puestos en ese oficio.

No quería meter a Ángel en el asunto, solo iba a llegar a su casa, estar allí diez minutos y marcharse a casa del Carri. Ese era el plan.

Supuso que a Ángel le habría extrañado que después de mes y medio sin querer cruzar más de una o dos palabras, y de no responderle a la mitad de sus mensajes, Blanca acudiera a él.

*Pensé que me mandaría a la mierda. Algo totalmente comprensible si lo hiciera. Es lo que merezco.*

Pero no fue así. No hizo preguntas, solo le respondió:

Lo que necesites, estaré aquí toda la tarde.

Corría por la estación de metro mientras las ruedas de su maleta esquivaban los pies de otros pasajeros. Hacía frío, acababa de pasar la Navidad, estaba nublado, nevaba en toda España. Blanca llevaba un abrigo marrón claro de ante con el interior de pelo, de cuello alto, una bufanda gruesa, un gorro de lana, y unas enormes gafas de sol. Era ese complemento el que llamaba la atención entre los transeúntes que se cruzaban con ella.

Estaba nerviosa, le costaba respirar con la carrera y notaba cómo hasta las manos le temblaban. Su madre la llamaba sin parar, dudaba si era por saber dónde se habría metido o si iba a cometer lo más sensato que debería, que sería acudir a poner una denuncia de una vez por todas.

Dónde estás. Vuelve a casa.

No voy a volver en unos días. Déjame en paz.

Yo también quiero volver a Cádiz.

Volveremos a Cádiz, te lo prometo. Déjame tiempo, volveremos.

No sabía el cómo, ni el cuándo. Pero estaba segura de que al menos haría lo posible para que su madre pudiera regresar a Cádiz junto a su abuela y tía.

*—Tres mujeres que solo han conocido el ninguneo y el desprecio de los hombres, sean padres o maridos.*

Le dolía el cuello, supuso que sería del propio golpe. Fue una mala suerte chocar contra el mueble. El golpe se hubiese quedado en poco si no se hubiera estampado contra la esquina. Pero al rato se asustó tanto que no tuvo más remedio que llamar a Ángel por más que se había prometido no hacerlo.

Subió las escaleras de la estación. Jadeaba.

Oliver le había escrito también unos días atrás. En cuanto alguien le dijo que Blanca volvía a estar sola. Con él fue tan breve como con Ángel, o más si cabe. Ni loca pensaba retomar el contacto con Oliver, era peligroso y embaucador hasta el límite que pudiera imaginar, tenía que mantenerlo alejado de ella todo lo posible, y más cuando volvía a ponerlo como escudo contra Ángel. Sin embargo, el escudo había sido en vano. Tenía que pasar el duelo de su corta relación con Ángel, no le quedaba otra.

*A ver si esto de hoy no lo empeora.*

Llegó hasta el portal, llamó, él no tardó en abrirle. Tomó el ascensor y cuando llegó hasta su puerta, esta ya estaba abierta. En cuanto vio la silueta de Ángel su estómago se encogió para dar paso a aquella sensación que daban las montañas rusas cuando bajan la rampa a gran velocidad.

Vio la alegría en la expresión de Ángel pero algo cambió en su rostro cuando se percató de la maleta de Blanca.

*A ver si se va a pensar que me vengo con todo el equipo para quedarme. Qué vergüenza, yo no sé para qué vengo.*

—Pasa —le invitó él, ahora serio.

Blanca entró con la cabeza baja.

*No tenía que haber venido. Siento que no tenía que haber venido.*

—¿Qué ha pasado? —le preguntó acercándose a ella. Blanca aún tenía puestas las gafas de sol.

—Lo siento, pero necesito que lo veas. No puedo ir a otro sitio —comenzó Blanca.

Se desenlió la bufanda del cuello.

—Bienvenido a mi realidad —se quitó las gafas. No se atrevió a mirarlo directamente, miraba hacia un lado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Ángel se acercó a ella en seguida, le vio las intenciones de abrazarla, pero lo detuvo con la mano.

—Solo va a ser un momento —le dijo ella con la voz ronca de aguantar las lágrimas—. Dime que esto es normal y que volveré a ver bien en unos días y me marchó.

—Blanca... —la cogió por la barbilla.

—Es la primera vez que me pasa —le explicaba ella mientras él la miraba— el golpe fue demasiado cerca del ojo.

—¿Cómo ha sido? —preguntó moviéndole la cara a un lado y a otro.

—Con la esquina de un mueble —Ángel se detuvo de nuevo en su ojo derecho, en la protuberancia que había junto a él y en el golpe que había al otro lado, en la mejilla izquierda.

—¿Por qué no has ido a que te lo vieran a un hospital? —le reñía, Blanca sabía que estaba completamente sorprendido, enojado y muchas más cosas que no podía reflejar para no hacerle a ella pasar peor el momento.

—He venido a que me lo veas tú —se defendió, la respiración la tenía demasiado acelerada.

—Tendría que vértelo un oculista —le respondió Ángel.

Blanca se miró en el espejo del mueble del recibidor de Ángel. Su ojo iba a peor, y no era por el moreteado que tenía junto a él, sino por el propio ojo. El iris verde agua que solía tener era ahora una isla brillante y vidriosa en medio de un mar de lava roja. Hasta el lagrimal estaba rojo. Le molestaba, el párpado le pesaba demasiado pero lo que más le había asustado era la visión borrosa.

—No puedo ir a urgencias —le respondió ella.

Sabía que si iba le harían preguntas, y que por muy bien que ella inventara las respuestas, acabaría en el despacho de la asistente social o de un psicólogo, y el miserable de su padrastro en un cuartelillo. Tomó aire de manera profunda, pero el aire se encogió en sus pulmones en un rebote para luego salir.

Ángel estaba muy serio, negaba con la cabeza sin dejar de mirarle el ojo. El escozor de la garganta de Blanca aumentó. Quizás sí que había sido un error acudir a él. No quería reconocerlo, pero ahora que estaba allí necesitaba aún más consuelo, el consuelo de él. Lo necesitó en cuanto Paco le dio el golpe. Ya lo había sentido con Oliver tiempo atrás, esa sensación de no estar sola, de que había alguien, en otro lugar, que estaría a su lado, que la abrazaría luego y le curaría los golpes, tanto los de fuera como los de dentro.

*Es mentira eso de que no necesito a nadie.*

En cuanto comprobó en su casa que no podía ver bien, sintió que tenía que ir con Ángel. Pero la necesidad de estar con él había llegado antes, siempre la tuvo, desde el mismo momento en que su relación terminó.

No podía aguantar más las lágrimas. Tenía que salir corriendo de allí. De forma instintiva agarró el picaporte de la puerta de entrada para salir corriendo, pero Ángel se acercó a ella y la abrazó.

Él le puso una mano en la cabeza y se la inclinó hacia el pecho. En cuanto la mejilla de Blanca reposó en el cálido pecho de Ángel, en su respirar sereno, en su agradable olor, el escozor de su garganta aumentó y su llanto le avisó que estaba a punto de estallar. Lo abrazó por la cintura, rompió a llorar. Algo que no solía hacer con el Cari, ni con Alba, ni con Noelia, ni siquiera con Regina. Sus amigos nunca la veían llorar así por nada. Nunca le gustó mostrar debilidad, Raquel era la única conocedora de su verdadero sentir.

Ángel no dejaba de abrazarla y le daba besos en la cabeza.

*Madre mía, qué situación le traigo al pobre. Después de haberlo rechazado durante un mes.*

—Vamos dentro —le pedía él, aún estaban en el recibidor—. Voy a mirarte mejor eso.

Blanca se quitó el abrigo y el gorro y lo dejó en el perchero del recibidor. Echó su maleta a un lado. Se prometió estar allí solo unos minutos, los justos para que él la mirara. Pero en el fondo no quería ir a ninguna parte hasta que no se calmara.

—Ven —la invitó a sentarse en el sofá.

El sofá de Ángel era sumamente cómodo. La calefacción estaba puesta lo suficientemente alta como para que se le fuera quitando el frío de la calle.

—¿Quieres algo? —le preguntó y Blanca negó con la cabeza.

Ángel le trajo una manta de pelo y se la echó en las piernas. Se sentó junto a ella.

—Si tienes algo que hacer... —Blanca estaba tan abochornada que no sabía qué decir—. No voy a quedarme mucho tiempo. Solo necesitaba que lo vieras.

Ángel negó con la cabeza.

—No te preocupes por eso —le respondió—. Te dije que aquí estaría si me necesitabas.

*Y casi me alegro de haber venido.*

Lo miró de reojo, a punto estuvo de inclinarse hacia él y volver a dejarse caer en su pecho, pero se contuvo. Ya la escenita de la entrada había sido suficiente.

Ángel acercó su mano a la mejilla de Blanca y se la acarició, luego le levantó el párpado para ver mejor el mar rojo en el que se bañaba su iris derecho.

—Es un derrame —la ojera también se estaba moreteando—. De todos modos voy a consultarlo con un amigo.

—No pienso ir al hospital —le dijo Blanca firme.

—Es lo que deberías de hacer pero no te puedo obligar —cogió su móvil—. Espera un momento.

Ángel se levantó y se dirigió hacia la cocina, Blanca lo oía hablar con alguien, explicándole lo de su ojo. Tardó unos minutos en volver.

—Puede verte pero a última hora de la tarde —le explicó.

—Te he dicho que no voy a...

Ángel negó con la cabeza.

—Tiene una consulta privada —le explicó—. Iremos a última hora, cuando ya esté cerrada.

*Toda la tarde aquí entonces. Si lo mejor es que no hubiese venido.*

Blanca suspiró.

—¿A dónde ibas? —le preguntó mirando la maleta.

—A casa del Cari —aún se le encogía el pecho al hablar—. Me quedo con él hasta el domingo.

Ángel entornó los ojos.

—¿Quieres quedarte aquí?

—No —la respuesta fue rápida.

*Cómo me voy a quedar aquí.*

—Puedes quedarte, no..., hay una habitación de invitados.

Blanca negaba con la cabeza.

—Esta noche tendrás que despertarte cada pocas horas, después de un golpe así y... pienso que sería lo mejor.

*Y yo también pienso que lo mejor para mí, por muchos motivos, sería quedarme. Pero sería egoísta por mi parte, porque en cuanto esté bien no volverás a saber de mí.*

—Al menos esta noche, mañana te llevo a casa de Álvaro —le dijo—. De todas formas no sabemos a qué hora volveremos del oftalmólogo.

Blanca negó de nuevo, esta vez sin tanto convencimiento.

—Mañana tengo turno de mañana —hizo una mueca y cogió su móvil de nuevo—. Pero con las horas que me deben...

—No —ella intentó detenerlo pero Ángel había vuelto a la cocina. Blanca agudizó su oído.

*Que no puede volver hasta el lunes, dice. Este quiere que me quede aquí hasta el domingo. Madre mía, qué cabezota es.*

Por una parte estaba apenada por Ángel, por traerle el problema hasta su casa, pero por otra vio que a él no le importaba en absoluto, hasta se veía orgulloso, dentro de lo que cabía, de que hubiese recurrido a él. Quizás lo veía como un filón para retomar lo suyo.

*De eso nada, maldita sea. Que otra vez me voy a meter en el lío.*

Ángel regresó de la cocina.

—Esta noche te quedas aquí, mañana haces lo que te apetezca —le dijo sentándose a su lado.

Blanca se incorporó enseguida del sofá y sin mirarlo salió corriendo al baño. Cerró la puerta, rompió en vómitos. No eran los primeros del día.

Cogió papel y limpió el WC de salpicaduras.

*Es para matarme, encima vengo a dar por saco y ensuciarle el piso immaculado.*

Luego buscó en el mueble donde sabía que Ángel guardaba la pasta de dientes. Con el dedo y la pasta, se limpió lo mejor que pudo. Salió del baño, Ángel estaba esperando en el pasillo.

—¿Bien? —le preguntó.

—He cogido...

Él hizo un gesto con la mano.

*No importa, ok.*

—¿Cuántas veces has vomitado desde el golpe? —le preguntó.

—Tres —respondió ella.

Ángel le acarició la nuca en cuanto se sentó en el sofá y a Blanca se le erizó el vello de toda la espalda. Cerró los ojos. Entre la vista borrosa, los vómitos y el lote de llorar, le

pesaban los párpados y lo único que deseaba era tumbarse en el sofá, con aquella manta de pelo tan gruesa, y dormir.

Miró a través de la ventana. El cielo estaba oscuro, llovería de un momento a otro. Hacía viento, las hojas de las palmeras se movían con fuerza.

Esta vez no se contuvo, se dejó caer en el pecho de Ángel y este reposó la espalda en el sofá. Lo miraba de reojo, él sonreía.

*Está feliz y no sé cómo puede estarlo. Yo misma me hubiese mandado a la mierda.*

Le acariciaba la espalda y la besó en la frente.

*Ya vale, ya se está pasando.*

Blanca cerró los ojos.

*Pero la verdad es que me encanta.*

Se quitó las botas empujándolas con los pies y se encogió en el sofá, lo más cómoda que le permitían sus jeans. Por arriba estaba cómoda, llevaba un jersey de cuello vuelto rosa palo sobre una camiseta térmica. Estaba a la temperatura perfecta, en una nube, con un hombre inusualmente bueno. Estuvo a punto de pasar a la duermevela, pero volvía a abrir los ojos en cuanto perdía la noción corporal.

—¿Cuánto hace del golpe? —Preguntaba él.

—Unas dos horas...

*Me voy a dormir si sigues con esas caricias. O algo peor, que no me duerma y acabe encima tuya.*

Fue pensarlo y su cuerpo reaccionó en seguida. Se removió en el pecho de Ángel buscando una postura más cómoda.

*Si yo fuera una mujer normal con una vida normal, hasta me plantearía casarme con este hombre. Es absolutamente perfecto. No tengo dudas de que sería el marido ideal, el padre dedicado... estoy segura de que hay una mujer por ahí que será muy afortunada.*

Abrió los ojos hacia Ángel.

—De verdad que lo siento —se disculpó.

Ángel le acarició la cara.

—No tienes que sentir nada —le respondió—. Me hubiese gustado que hubiese sido por otros motivos y en otras condiciones... pero me encanta que estés aquí.

*Se me acaban de caer la peluca y las bragas.*

No era el momento de que le pasara eso, aunque ganas no le faltaban. Volvió a cerrar los ojos y recostarse sobre él.

*Me encantas.*

Sintió un beso en la frente y algo se removió dentro de ella.

Sintió sonar su móvil y se sobresaltó.

*Mi madre otra vez, seguro.*

Pero no, era Eva. La simpática agente literaria que se ofreció en Madrid a leer su novela. Apenas llevaba tiempo trabajando con ella. Estaba esperando respuesta de varias editoriales para Azael.

Blanca casi cayó al suelo al darse la vuelta desde aquella postura. Se incorporó y respondió a la llamada.

—Blanca —comenzó Eva—. Malas noticias.

Blanca resopló, tampoco las esperaba buenas, últimamente lo veía todo oscuro y no era solo por el derrame en el ojo.

—Tampoco te preocupes, ya sabíamos que los grandes sellos no suelen apostar por gente nueva.

—¿No les ha gustado? —preguntó Blanca.

—No es que no les haya gustado, no están interesados en valorarlo.

—¿No? ¿Por qué? —Blanca arqueó las cejas.

Eva carraspeó.

—No das el perfil —respondió y Blanca notó la incomodidad en la voz de su agente.

—¿Yo? Pero si lo que tienen que valorar es la novela, no a mí.

—Lo sé, pero... no ven que tengas tirón como para publicarte.

—¿Qué voy a tener tirón si estoy empezando? —Blanca salió a la terraza. Su respiración se aceleraba por momen-

tos.

—No es solo eso, a ver... ¿Sabes la edad media de un autor de éxito? Podrían ser tus padres.

*Mi madre es más joven, seguro.*

—Ni siquiera tienes un título universitario aún.

*Algo normal con la edad que tengo.*

—No tienes una carrera profesional aún... trabajas en discotecas.

*Vaya hombre.*

—Y qué tengo que hacer, ¿guardar mis novelas y sacarlas cuando tenga la menopausia?

Escuchó la risa de la agente literaria.

—Es muy difícil Blanca, no tienes padrino, no tienes dinero, no tienes nada con lo que pueda apoyar una posible publicación-inversión de un lanzamiento.

*Sí, hasta en esto es una desgracia ser pobre.*

—La verdad es que les has sorprendido —Eva reía de nuevo—. Tienes un perfil peculiar para ser escritora, dicen que pareces más una modelo y eso no vende en literatura.

*Ya me han matao. Ahora resultar que para vender novelas hay que ser viejo y feo.*

—Dicen que tu imagen no da confianza, no se relaciona con buena literatura.

—Joder. ¿Y los youtuberos o los instagrammer que publican?

—He dicho buena literatura, Blanca —repitió Eva—. Ellos son famosos, sus seguidores compran sus novelas aunque no las lean. Tú tienes unos seis mil seguidores, pero no son suficientes.

—Sí ya, ni escritora ni instagrammer.

—No te desanimes... oye, eres guapa y joven. Vete a una agencia de modelos y publicidad, apúntate a esos realities de moda de jovencitas como tú. Haz seguidores y entonces te lloverán las ofertas.

—¿Realities de la tele? ¿En serio? —Blanca resopló—. Escribo novelas completamente publicables y para que una

editorial quiera invertir en ellas, ¿tengo que ir a la tele a formar escándalo con uno y otro tío para hacer fama? Dios mío...

*Qué mierda de mundo este... el talento no es suficiente.*

—Solo era una idea, es una forma... o volcarte en instagram o en un blog, un canal de you tube. Da consejos de belleza o de moda.

—¿Qué entiendo yo de belleza o de moda? —le brillaron los ojos, se le enturbió la vista por completo—. Yo solo sé escribir novelas y solo puedo ofrecer mis novelas.

Se hizo el silencio.

—Eres muy joven para rendirte —le decía Eva.

—No me estoy rindiendo, me estoy cabreando.

—Es injusto, estoy de acuerdo. Pero de momento es lo que hay. Nadie valora Azael.

—Entonces da igual lo que escriba, ni siquiera van a leerlo. Ok.

—Lo siento, Blanca. De todos modos sigo intentándolo. Pero lo vamos a tener muy muy difícil.

Blanca suspiró.

—Te llamo si hay alguna novedad —le dijo Eva—. Un abrazo.

Blanca tomó aire, había dejado de llover por un momento, olía a mojado. El cielo continuaba gris. Pronto tronaría de nuevo.

Ángel entró en la terraza. Había aguardado hasta que ella hubo terminado de hablar.

—Lo siento —le dijo.

*Que les den a todos. No voy a echar ni una lágrima por esto con la que tengo encima.*

Se apoyó en la barra de la terraza y puso su frente sobre el antebrazo.

*¿Cómo voy a llorar por esto? He venido con una maleta a una casa ajena. No sé a dónde ir, no tengo a dónde ir. Estoy perdida. Veo fatal con el derrame pero es que no hay*

*mucho más que ver, el camino es oscuro y está lleno de demonios. Y por más que ponga de mi parte no puedo vencerlos.*

Levantó la cabeza y miró hacia la calle.

*Suficiente altura para saltar y acabar con todo esto.*

Se irguió y colocó ambas manos en la barandilla.

*Serían solo unos segundos... Pero entonces arrastraría conmigo ese otro mundo que llevo dentro de la cabeza. No quiero que mueran conmigo sin haberles dado la oportunidad. Solo la escritura protege a mi cuerpo de caer por este balcón. Mientras tenga un solo personaje susurrándome en el interior de mi cabeza, no me rendiré. Ni mi padrastro, ni mi situación merecen que acabe con todo. Volveré a levantarme. Quizás no sea hoy, pero puedo conseguirlo.*

—Es un mundo muy difícil —dijo Ángel—. Pero tarde o temprano lo conseguirás.

Blanca giró sus ojos hacia él, aún medio perdida en sus pensamientos.

—No eres una escritora más —añadió—. Tienes un estilo diferente, nuevo... y lo acabarán viendo los editores y cientos de miles de lectores.

Apenas podía respirar y el llanto llegó hasta su garganta.

*Mal momento para decirme estas cosas, no quiero que me veas llorar de nuevo.*

Blanca dio un paso atrás. Comenzaba a arrepentirse de nuevo de haber llegado hasta la casa de Ángel, de mostrar su vulnerabilidad. El móvil de él sonó.

Blanca volvió a apoyar la frente en su antebrazo mientras miraba al vacío bajo el balcón.

Ángel se apartó de ella para hablar. Era el padre de Ángel. En cuanto fue consciente de ello, Blanca atendió a la conversación.

—No voy a ir, Blanca está en casa —lo oyó decir y ella frunció el ceño extrañada.